

El último elefante

—Ay... —El abuelo se incorporó con un quejido y un crujido general de huesos—. Ya está amaneciendo, chiquilla.

Estiró el cuello todo lo que pudo, como si con ese gesto pudiese acortar la espera. La cola seguía igual de larga que cuando se había dormido: una serpiente de cuerpos envueltos en mantas, con bidones ardiendo que marcaban la línea como faroles improvisados. Hizo un cálculo rápido, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Nos queda rato, vaya si nos queda... —murmuró.

Miró hacia atrás. La fila desaparecía colina arriba, luego bajaba y volvía a subir, como un latido lento en medio de la noche seca. Se arrodilló con esfuerzo y apartó con cuidado la manta de cuadros que cubría a su nieta. Ella dormía con la cabeza apoyada en la mochila, los mofletes hundidos en el tejido.

—Eh... despierta, dormilona —susurró, dándole un toquecito en el hombro.

Ella abrió los ojos despacio, entre legañas y frío.

—¿Ya hemos llegado al elefante, abu?

—Todavía no, pequeña. Falta un poquito.

De la mochila sacó dos tazas de plástico y un termo abollado. Vertió leche tibia en silencio, abrió un paquete de galletas —las últimas— y desayunaron allí, rodeados por cientos de personas que no decían ni una palabra.

El abuelo la observaba mientras ella mordía las galletas con parsimonia. Ella era lo único que le quedaba.

La noticia había corrido por las pocas emisoras de radio que seguían funcionando. Entre chasquidos, interferencias y cortes, se había escuchado la frase que lo cambió todo: “El último elefante vivo de la Tierra se encuentra en la ciudad. Diez o doce kilómetros desde aquí. En los restos del zoológico.”

No quedaba mucho tiempo. El animal era anciano, nadie sabía cuántos años tenía. Y entonces la gente empezó a llegar de todas partes. Peregrinaciones como si se tratara de un profeta. Todos querían verlo. Tocar. Estar ahí, antes de que desapareciera.

Una tarde, semanas atrás, el abuelo había abierto un tomo polvoriento de enciclopedia.

—Mira —dijo, señalando una fotografía amarillenta—. Esto es un elefante.

La niña arrugó la nariz.

—Eso no existe, abu. Es como los dragones de los cuentos.

—¡Claro que existen! Bueno... existían. Yo los vi. Había manadas enormes, libres, en países muy lejanos.

—Abu, tú te inventas cosas.

—Ya verás —dijo él, sonriendo con determinación—. Te llevaré a ver uno.

La cola empezó a avanzar de golpe. Un murmullo recorrió a la multitud como si una fila de fichas de dominó, en vez de caer, se irguieran a la vez. La gente se levantó, se sacudió las mantas. Algunos rezaban de rodillas a un lado de la fila, gritando profecías sobre el fin del mundo.

No había estrellas desde hacía años. De vez en cuando caía una lluvia sucia que manchaba la tierra seca. Por el camino, grupos vestidos con túnicas de colores cantaban en idiomas extraños y tocaban instrumentos aún más raros.

—Abu, ¿qué están diciendo?

—Ni idea, chiquilla. Pero suena bonito, ¿eh?

Ella se rió y empezó a imitarlos, desafinada. El abuelo también se rió, y por un momento, la espera se volvió ligera.

Según avanzaban, se cruzaban con personas que ya habían pasado. Volvían abrazados, de la mano, en silencio. Algunos sonreían con una calma nueva. Miraban al cielo como si acabaran de recordar algo importante.

Por fin llegaron a la entrada del viejo zoológico. Al abuelo se le encogió algo en el pecho. Había estado allí de niño. Recordaba animales, colores... y ahora, solo quedaban ruinas, vallas torcidas y hierbajos secos.

Doblaron un camino empedrado y apareció una pasarela de metal. Varios organizadores con uniformes grises los empujaban suavemente para que no se detuvieran. Y entonces lo vieron.

El elefante.

Viejo. Enorme. Con los colmillos cortados. La piel seca como la tierra que pisaban. Respiraba despacio, como si cada inhalación pesara toneladas.

La niña se quedó paralizada. Los empujones no importaron.

Estiró la mano. El elefante inclinó la trompa y la rozó muy despacio. Fue apenas un toque, pero suficiente para que el abuelo sintiera que todo el viaje, toda la espera, todo el cansancio, había valido la pena.

El animal los miró. Unos ojos inmensos, tristes y sabios. Y en ellos, el abuelo y la nieta vieron algo que no veían hacía años: un hilo violeta, el primer suspiro del amanecer, colándose en un cielo por fin despejado.